

La pulsión del oficio de historiador en las revistas académicas

The Pulse of the Office of the Historian
in Academic Journals

*A pulsão do ofício de historiador
nas revistas acadêmicas*

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS*

Historia Social

Valencia, España

* piqueraj@uji.es

[142]

RESUMEN

Las revistas académicas, atentas a lo que acontece alrededor, permiten medir el estado de la profesión en un momento dado y pueden ser una expresión orgánica del momento histórico y de su especialidad. Este texto es una reflexión sobre la función de las revistas, atendiendo a la experiencia de 25 años como coeditor de *Historia Social*; esta reflexión toma en cuenta la consideración sobre los cambios que se han producido en el mundo, lo que conocemos del pasado, los cambios en el método de acercarnos a él y explicarlo, así como la forma de pensar e interpretar la historia.

Palabras clave: *Historia Social*, cambio histórico, historiografía y sociedad, revistas académicas.

ABSTRACT

Academic journals, attentive to what is happening around them, can measure the state of the profession at any given time and can be an organic expression of the historical moment and its specialty. This text is a reflection on the function of the journals, based on the experience of 25 years as co-editor of Historia Social; this reflection takes into account changes that have occurred in the world, what we know from the past, changes in the method of approaching it and explaining it as well as the way of thinking and interpreting history.

Keywords: *Historia Social, historical change, historiography and society, academic journals.*

RESUMO

As revistas acadêmicas, atentas ao que acontece ao seu redor, permitem medir o estado da profissão num momento dado e podem ser uma expressão orgânica do momento histórico e da sua especialidade. Este texto é uma reflexão sobre a função das revistas, atendendo à experiência de 25 anos como coeditor da Historia Social. Essa reflexão leva em conta a consideração sobre as mudanças que vêm se produzindo no mundo, o que conhecemos do passado, as mudanças no método de aproximarmos a ele e explicá-lo, bem como a forma de pensar e interpretar a história.

Palavras-chave: *Historia Social, mudança histórica, historiografia e sociedade, revistas acadêmicas.*

*Mudam-se os tempos, mudam-se as vontades
 Todo o mundo é composto de mudança, Tomando
 sempre novas qualidades. Continuamente vemos
 novidades, Diferentes em tudo da esperança:
 Do mal ficam as mágoas na lembrança,
 E do bem (se algum houve) as saudades.*

LUÍS DE CAMÕES

[144]

El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* que edita la sede de Bogotá de la Universidad Nacional de Colombia cumple 50 años. Merece la enhorabuena por el aniversario, y debemos valorarlo en toda su importancia por lo que ha representado para la historiografía colombiana y porque la longevidad no forma parte de la tradición de las revistas universitarias. Mi congratulación adquiere un sentido especial por la responsabilidad adquirida al integrar desde 2012 su comité internacional, atendiendo la generosa invitación de los editores.

La conmemoración se lleva a cabo con una invitación a reflexionar sobre la contribución de estas publicaciones en la consolidación de la disciplina histórica, en particular, en el espacio de estudio iberoamericano. A ello he tratado de responder. Mi punto de partida es el siguiente: cuando las páginas de una revista académica se encuentran abiertas a lo que acontece alrededor, a lo que realmente estudian los historiadores, encontramos en ellas la pulsión de la profesión en un momento dado, los temas que predominan, las perspectivas metodológicas que importan, las técnicas que se emplean. Con las revistas de historia sucede como con las revistas culturales y políticas que a menudo los historiadores convertimos en materia de análisis en nuestro trabajo: sabemos que pueden ser una expresión orgánica del momento y de la especialidad que reclama su atención.

La presente contribución pretende ser una reflexión sobre la función de las revistas de historia en nuestro tiempo y en nuestro ámbito historiográfico, abordada desde la experiencia de veinticinco años de codirector de *Historia Social*, que se han cumplido también este año. Mi propósito es atender tres puntos: primero, lo que ha cambiado; segundo, lo que eran las revistas y lo que son, y finalmente el modo de hacer las cosas en *Historia Social*.

Un mundo distinto

El mundo ha cambiado desde el año 1963, cuando nacía el *Anuario Colombiano*. Lo que llamamos “el mundo” son muchas cosas diferentes y los

historiadores sabemos que si algo caracteriza a las sociedades es el cambio continuo, mucho más perceptible a nuestros ojos y a los de las generaciones contemporáneas que la larga duración de las estructuras materiales y mentales. Los historiadores, no solo nosotros, y otros quizá antes que nosotros, hemos contemplado que el cambio conocía desde el último tercio del siglo xx una aceleración sostenida y creciente, hasta llegar en época reciente a la fusión de los conceptos sólidos y a la tiranía del tiempo líquido.

[145]

En 1963 el público informado de Occidente apenas se había sobrepuesto de la crisis de los misiles a propósito de Cuba, que puso la Guerra Fría a un paso de la conflagración internacional. En Vietnam se asistía a una escalada silenciosa que hasta entonces solo parecía haber advertido Graham Greene en *El americano impasible*. Los trabajadores de los países capitalistas industrializados percibían los beneficios de los empleos estables, de larga duración y bien remunerados en muchos casos, y en Europa occidental conocían las mieles del Estado de bienestar mientras los sindicatos se acomodaban a su función de gestores de servicios y acuerdos. En esos mismos países, por vez primera, se conformaba una “clase media” digna de tal nombre, alimentada por funcionarios, empleados de cuello blanco, profesionales, técnicos y cuadros cualificados y semicualificados de la industria que comprendía a una aristocracia obrera ampliada, cuyos hijos tenían acceso a los estudios superiores y daban lugar a la primera masificación universitaria, luego superada con su extensión a los hijos de otros sectores laborales. En escala mucho más reducida, un fenómeno similar acontecía en la semiperiferia iberoamericana, donde en casi todos los países se conocía la primera generación de jóvenes de buena posición formados en el extranjero: historiadores, sociólogos y economistas doctorados en París, Oxford, Columbia y otras plazas de nivel avanzado, que regresaban con los saberes y las novedades de la nueva modernidad y ocupaban puestos destacados en la administración y en la academia de sus respectivos países y en los nuevos organismos internacionales panamericanos.

En prácticamente todos los países, la historia que se enseñaba en los niveles de primaria y secundaria conservaba el tono y el propósito nacionalizador con el que la materia había sido introducida en los planes educativos en el siglo xix. Se trataba de transmitir episodios de la vida nacional que supuestamente habían conformado una realidad permanente, un pueblo de caracteres definidos, una patria-territorio y unos gobernantes cuyos desvelos por la prosperidad de sus compatriotas no estaban exentos del yerro, la incompreensión o las rivalidades que servirían de ejemplos de los cuales

[146]

aprender. En casi todos los planes escolares de la mayoría de los países, las referencias a la cantidad de población y a la diversidad humana, a la transformación del medio y a las realidades materiales, estaban excluidas de los manuales de historia y, en su caso, confinados en los manuales de geografía humana. Esta historia aleccionadora, aun en los pasajes poco ejemplares, constituía un relato hecho de afirmaciones, de verdades canónicas que excluían la duda y la reflexión del estudiante. El medio académico internacional era considerablemente dispar: historiografías ya plenamente profesionalizadas; las que ofrecían una interpretación decididamente política al servicio del Estado constituido con el pretexto de sostener valores superiores, y aquellas que continuaban escindidas entre eruditos que ejercían de historiadores a tiempo parcial y que podían consagrar media vida a discutir si habían sido las delaciones o la indecisión lo que impidió a Ignacio Allende adelantarse a Miguel Hidalgo y ganar para sí la gloria del primer grito de independencia de México, y profesores conscientes de la necesidad de ampliar el campo de conocimiento y de incorporar los métodos y los problemas contemplados en los países “avanzados”. Bastantes puestos universitarios en Latinoamérica y la Península Ibérica estaban ocupados en los años sesenta por supuestos eruditos, obsesos del acontecimiento político o guardianes de esencias nacionales, pero también se abrían expectativas de cambio entre los profesores más jóvenes.

La historia-problema, con la que Marc Bloch definió el panorama de una historia de perspectiva científica, señalaba el camino desde los años cincuenta. La perspectiva de estudio ofrecía dos variantes, aquella que situaba el foco en las estructuras transnacionales, contemporáneas de épocas sucesivas en las que podían hallarse rasgos semejantes y variaciones, en la línea de los grandes modos de producción del marxismo y de los sistemas sociales que el funcionalismo ponía de moda, y la reconstrucción de las historias nacionales, adaptando el modelo que acabamos de indicar o abriéndose a aspectos semejantes sin voluntad de integrarlos en un cuadro sistémico.

En Europa se mantenían vivos los debates iniciados en la década anterior por Maurice Dobb y Paul Sweezy sobre el origen histórico del capitalismo a raíz de la desintegración del régimen feudal, con sus variantes sobre el papel que desempeñan el comerciante, el artesano y el gentilhomme rural ganado para una mentalidad empresarial, y sobre las causas y consecuencias de la Revolución industrial, esto último orientado por la economía histórica norteamericana, hacia los nuevos procesos de industrialización.

En América Latina, en la segunda mitad de los sesenta se deja sentir la huella de la historiografía francesa y de los trabajos socioeconómicos de impronta británica y norteamericana, aunque en la fecha no dejaban de egresarse hispanoamericanos en la tradición institucionalista española y en el más rancio hispanoamericanismo que pueda encontrarse. Comienzan los estudios de demografía histórica, en la tradición francesa en el caso del cubano Juan Pérez de la Riva —formado en Grenoble—, o cercana a las técnicas de Woodrow Borah, que combina las proyecciones estadísticas con consideraciones fisiológicas, caso del chileno Rolando Mellafe —formado con él en Berkeley— y el colombiano Hermes Tovar —postgraduado en Chile, antes de doctorarse en Oxford—, a los que se suma Nicolás Sánchez-Albornoz después de su incorporación a New York University en 1968. Todos ellos superan con creces el voluntarioso esfuerzo del argentino-venezolano Ángel Rosenblat, filólogo de formación y etnólogo de vocación (*La población indígena y el mestizaje en América*, 1954). Se hacen cálculos de producciones a partir de las series diezmales y se trata de asociar las crisis con los brotes de protesta, al estilo de Ernest Labrousse, como hará el mexicano Enrique Florescano —doctor por la École Pratique des Hautes Études— en su libro de 1969, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México*. Se fija la atención en las haciendas y las plantaciones como unidades económicas y sociales, se reconstruyen movimientos comerciales y se presta atención a los mercaderes y otros agentes económicos, si bien los primeros resultados de ambas líneas se presentan en la década siguiente. Los libros del etnólogo cubano Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), que introduce y desarrolla la noción de transculturación, e *Historia de una pelea cubana contra los demonios* (1959), un ensayo de historia de las mentalidades con no pocas licencias narrativas, carecen de continuidad y se adelantan a los enfoques culturales y microhistóricos que desde los años ochenta conocen su mejor momento en el “primer mundo”. *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, de Luis González, adelanta en 1968 una historia local que integra perspectivas etnohistóricas. Los sistemas de castas coloniales y la esclavitud africana ocupan un lugar destacado en la historia etnosocial desde las obras pioneras del mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán *La población negra de México* (1946), al estudio de la trata en el virreinato austral, con Elena F. S. de Studer, *La Trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* en 1958; en 1964, Rolando Mellafe ofrece una panorámica de América Latina sobre *La esclavitud en Hispanoamérica*. A menudo, estas visiones llegan

[147]

con el trasfondo de la segregación racial, sobre cuya mixtificación llama la atención en 1963 el científico de nacionalidad chilena, Alejandro Lipschutz, *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje*.

[148]

Basta recorrer las fechas de las ediciones de las obras para comprobar que los resultados más perdurables comenzaron a darse a mediados de la década de 1970. Pero los primeros impulsos al cambio en las ciencias sociales llegaron antes, desde la economía y la sociología a partir de los problemas del desarrollo analizados en el largo plazo: las fallas estructurales que habían dificultado la acumulación y retención de capitales, la especialización y exportación agraria y de minerales con bajo valor agregado, la malformación de los mercados internos, el lugar de los campesinados pobres y desarticulados, la debilidad de la demanda y la bulimia de los burguesías nacionales que nunca terminaban de industrializar sus países, etc. Los ensayos sobre la dependencia de raíz histórica de Celso Furtado —doctor por la Sorbonne, con formación postdoctoral en Cambridge— *Formação econômica do Brasil* (1959); de Fernando Henrique Cardoso *Capitalismo e escravidão no Brasil Meridional* (1962) y la ensayística cubana de los años inmediatamente posteriores a la Revolución, marcadamente especulativa (Oscar Pino-Santos, *Aspectos fundamentales de la historia de Cuba*, 1963) son una buena muestra de ello pero también de la doble incomunicación latinoamericana en la época, entre historiografía y ciencias sociales, y entre la cultura luso-brasileña y la hispanoamericana. En 1964 se publicaba en La Habana la primera versión de *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, de Manuel Moreno Fragnals, y en 1966 aparece en São Paulo *Da senzala à colônia*, de Emília Viotti da Costa, sobre la tesis de la autora defendida dos años antes, los únicos autores de entre los que estamos citando que podemos conceptuar de historiadores. También en São Paulo se publica en 1965 *O messianismo no Brasil e no Mundo*, de la socióloga María Isaura Pereira de Queiroz —doctora por la École Pratique des Hautes Études—, en la línea de los movimientos sociales que se sirven de un lenguaje no explícita o exactamente político, en complemento y discusión a los “rebeldes primitivos”. Entre 1963 y 1965 se publica en la ciudad argentina de Córdoba la revista *Pasado y Presente*, orientada por la filosofía de la praxis gramsciana y con muy escasa atención a la historia, pero que en el momento de su nacimiento traducía el texto de Eric Hobsbawm “Para el estudio de las clases subalternas”, una temprana lectura del pasado en esa clave, y en 1965 llamaba la atención sobre *Las formaciones económicas precapitalistas*, de Karl Marx, publicado y prologado poco antes en Londres, también por

Hobsbawm, que tanta influencia iba a ejercer en los análisis históricos de las sociedades latinoamericanas en las dos décadas siguientes. Todos ellos son indicios fiables de un despertar temprano de historiografía renovada. Sin embargo, aún pesaba demasiado la historia política tradicional y otras circunstancias a las que a continuación haremos referencia. Un ejemplo lo ofrece Germán Carrera Damas, que sincroniza en esa época sus ensayos de historiografía, los estudios biográficos y de vida política, y sus primeros trabajos socioeconómicos.

[149]

En paralelo a lo anterior, a veces en comunicación y otras sin ella, comienza la segunda ola del latinoamericanismo europeo y estadounidense, vinculado a las respectivas renovaciones historiográficas. Si François Chevalier se contó entre sus precursores, en los años sesenta tiene lugar el *boom* del *latinoamericanismo* externo. La Revolución cubana y la orientación socialista de este país, los acontecimientos que se sucedieron poco después al confrontarse modelos tradicionales, ensayos modernizadores y desafíos de transformación estructural, el empuje de una literatura y una cultura artística desbordantes se mostraron al exterior como una revelación y tuvieron una enorme incidencia en la elección de no pocos historiadores.

Mudan los tiempos, mudan las voluntades

En 1963, Edward Palmer Thompson sacaba de la imprenta su libro *La formación histórica de la clase obrera inglesa*. Pocos pondrán en duda, hasta quienes no lo han leído, que se trata de la obra más influyente en la historiografía contemporánea. Habrá quien reserve ese puesto a *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Fernand Braudel, y otros lo reclaman para la *Metahistoria* de Hayden White por su carácter seminal de la historia posmoderna, cuando la capacidad de conocer, nos dicen, se ha hecho incierta y hemos de conformarnos con probabilidades verosímiles. Esta pluralidad de elecciones es la demostración de la diversidad de perspectivas que se ha adueñado del panorama historiográfico por encima de anclajes ideológicos, aunque no necesariamente al margen de estos.

No nos engañemos. Tampoco los años sesenta eran un tiempo plenamente confiable: la discriminación racial campaba a sus anchas, las mujeres, a pesar de que hubiera muy pocas en puestos académicos de nuestra profesión, existían, pero como luego se dijo, carecían de visibilidad pública fuera del cliché doméstico. En América Latina prendía la “Doctrina de Seguridad Nacional”, auspiciada desde los Estados Unidos por la Administración de John F. Kennedy después de 1962 y que alentaba las acciones preventivas

[150]

promovidas por las autoridades civiles o las fuerzas armadas de los respectivos países, convertidas en instrumento esencial de política interior y destinadas a establecer una ideología institucional de nuevo tipo, como ha demostrado Lars Schoultz en su libro *National Security and United States Policy towards Latin America*. En nombre de la “seguridad”, se tornó insegura la existencia de muchos, se vulneraron derechos humanos y se antojaron peligrosas ciertas ideas que se encontraban estrechamente asociadas a la renovación de las ciencias sociales en general y de la historiografía en particular. Las restricciones y prohibiciones que amordazaron el mundo intelectual y académico, moneda común en el siglo xx a causa del militarismo, persistentes en las dictaduras estructurales de casi toda Centroamérica, Paraguay, Haití y República Dominicana (hasta 1963, aunque el autoritarismo persistió en los gobiernos civiles de 1966 a 1978), se extendieron entre 1964 y los años ochenta a Brasil (1964-1985), Argentina (1966-1973 y 1976-1983), Uruguay (1973-1985), Chile (1973-1990), Bolivia (1964-1969, 1971-1978, 1980-1982) y Ecuador (1970-1972 y 1972-1976, de carácter disímil). Venezuela salió de diez años de dictadura en 1960 con un impulso democrático tan tolerante hacia las expresiones culturales como activo anticomunista hasta 1970. En Colombia se vivía un corto *impasse* entre el trágico periodo de La Violencia (1948-1958) y la creación de las FARC en 1964, que daría lugar a una guerra prolongada que todavía no ha cerrado sus heridas. Por la misma época, en Portugal se mantenía la dictadura salazarista sin atisbos de apertura, hasta su caída en 1974; en 1965 la policía política asesinaba al general Humberto Delgado que trataba de organizar la oposición. En España, los opositores a la dictadura franquista cumplían penas de prisión, y en 1963 el régimen hacía ejecutar a un alto dirigente opositor, sirviéndose de un juicio sin garantías procesales y de supuestos cargos de la Guerra Civil que había concluido veinticuatro años antes; en 1969 se decretaba el estado de excepción y, entre otras medidas, se cerraban las editoriales que se habían aventurado a publicar controversias históricas del estilo del debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo y las *Formen* de Marx. Quien olvide todas y cada una de estas circunstancias está condenado a no comprender el “atraso” del mundo iberoamericano en la incorporación al desarrollo de la renovación historiográfica, las décadas perdidas en un momento crucial que además incidía en dos factores: la reducida acumulación previa de capital innovador y la reciente institucionalización de las “ciencias históricas”. Téngase presente que en 1935 arrancaban las actividades de Braudel en el recién creado Departamento de Historia de la nueva Universidad de São

Paulo. En 1941 inauguraba sus actividades el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, con orientación latinoamericanista, bajo la dirección de Silvio Zavala y el aporte de varios españoles exiliados. Cuatro años después se creaba en la Universidad Nacional Autónoma de México el Instituto de Investigaciones Históricas para formar en investigación a los primeros egresados en la materia, orientado por Edmundo O'Gorman, opuesto a las influencias externas en la interpretación política nacional. En la Universidad de La Habana se crean las primeras cátedras de historia en los años treinta, pero no fue sino en 1962 cuando se creó la Escuela de Historia, recayendo su dirección en Sergio Aguirre, un historiador intuitivo y un comunista ortodoxo poco convencido del trabajo en archivos. En la Universidad Nacional de Colombia la creación de los estudios de historia es posterior, como recordaba Jaime Jaramillo Uribe. En España existen cátedras y doctorado desde bastante antes: si con la creación del Centro de Estudios Históricos en 1910 comienza a formalizarse una preparación moderna de postgrado, extremadamente minoritaria, la Guerra Civil (1936-1939) pone fin a esa experiencia; los avances de los años setenta culminan en el plan de estudio de 1973, que crea una titulación específica de historia, separada de filosofía y letras.

[151]

El reto del desarrollo y de los grandes cambios que comenzaron a experimentarse en las estructuras sociales llevaron a crear en Latinoamérica organismos dependientes de las Naciones Unidas para su estudio y orientación, como Cepal, en la que la economía y la sociología iban a desempeñar un papel de primer orden. En 1957, bajo los auspicios de la Unesco, se iniciaba en Chile la formación de profesionales en sociología y ciencia política a través de Flacso, extendida después de 1974 a otras naciones y a otras disciplinas, entre ellas la historia (maestría y más tarde doctorado) en su sede de Ecuador. En sentido opuesto, las consecuencias de las dictaduras militares sobre el desarrollo de las ciencias sociales y la historia fueron francamente negativas: unos pocos accedían en condiciones adversas a un conocimiento de primera mano que no podía ser difundido, enseñado y debatido, y manifestaba su fertilidad casi siempre en el exilio europeo o en México, gran país receptor y beneficiario de la diáspora intelectual sudamericana. Y debemos tener en cuenta que entre 1945, fecha aproximada, y mediados los años ochenta, la renovación histórica se llevó a cabo mediante un diálogo, cuando no la plena inserción, de la historia en las ciencias sociales, tendencia alentada por las principales corrientes historiográficas de la época: la llamada Escuela de los Annales, la más influyente a partir de que Braudel tomara su timón después

[152]

de 1948, el marxismo con sus diversas variantes y la experiencia que daría en denominarse “marxismo británico” —nacida del Grupo de Historiadores de Partido Comunista que funcionó entre 1946 y 1956 y dio origen en 1952 a la revista *Past & Present*—, el estructuralismo y la sociología crítica de fundamento histórico del estilo de los trabajos antes citados de Furtado, Cardoso y la corriente de la dependencia que tomó como referencia la obra de Andre Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1967, traducción al español de 1970).

Tendencia y renovación, incluso cuando a veces se confunden con hegemonía, no significan necesariamente predominio efectivo. Al respecto, es ilustrativo el balance de Geoffrey Barraclough, encargado por la Unesco, sobre la evolución de la disciplina histórica en el medio siglo anterior a 1978. En opinión de Barraclough, la inmensa mayoría de los historiadores académicos se habían inclinado a servirse de temas y de técnicas tradicionales que habían probado su eficacia, con sus respectivas especializaciones (historia política, económica y social, institucional y de las ideas), sometidas a lo sumo a una “suave revisión”.¹ Aun cuando no fueran tantos los profesores comprometidos con las agendas renovadoras, la voz de estos era escuchada porque ofrecía nuevos problemas antes no pensados, así como métodos indagatorios y respuestas que hacían de la historia una empresa apasionante, nada parecida al adoctrinamiento escolar. Era como deshacer un engaño colosal. Faltaba poco para la Revolución del 68, que serviría de catalizador a corrientes de pensamiento muy diversas, con el común denominador de la caída de dogmas y muchos tabúes, también de la reivindicación del relativismo. Y con este último nacía la desconfianza hacia las percepciones de los oficantes de las ciencias humanas y sociales y hacia la pretensión de buscar regularidades en los hechos colectivos, de construir una suerte de saber científico.

Sí, el mundo ha cambiado bastante desde entonces. Y lo mismo podría decirse desde que en 1988 comenzamos a publicar en España la revista *Historia Social*. El mundo ha cambiado y ha cambiado también lo que conocemos del pasado, e incluso el método de acercarnos a él y de explicarlo, la forma de pensar e interpretar el pasado. A la historia económica y la social sucedió el *boom* de la historia social, que en gran medida anuncia el libro de Edward Palmer Thompson. Después, a mediados de los ochenta, lo social se

1. Geoffrey Barraclough, “Historia”, *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales 2, Antropología. Arqueología. Historia*, Maurice Freedman, Siegfried J. De Laet y Geoffrey Barraclough (Madrid: Tecnos / Unesco, 1981) 558.

diversificó: la historia de la vida cotidiana disputaba el espacio a la historia sociocultural y la ciencia social histórica alemana persistía en el análisis de las estructuras como factor determinante. Entre tanto, tenía lugar el retorno, con fanfarrias y timbales, de “lo político”. La debilidad por la microhistoria, manifestada poco antes, se ganaba el corazón de los jóvenes investigadores, hastiados de la historia de las estructuras, justo cuando la sociología histórica hacía su propuesta acerca de *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, por citar un conocido texto de la época, de Charles Tilly. De la preferencia por el estudio de los colectivos comenzó a virarse a la centralidad del individuo. De las relaciones sociales —que siempre tienen algo de impersonal, tenido por las frías relaciones económicas— se pasó a la agencia, que en realidad siempre había estado ahí con el ropaje de acción, solo que ahora se subjetivaba, por aquello de la actitud siempre despierta de las elecciones racionales, y se sobredimensionaba. Una sobredeterminación en última instancia, por decirlo en el lenguaje de los estructuralistas, fue reemplazada por la sobredeterminación subjetiva en todas las instancias. En ese contexto y devenir, tuvo lugar el descubrimiento, pretendidamente prodigioso, de que las identidades son creadas en contextos específicos. En suma, la historia analítica fue desafiada por la historia narrativa y se abrieron paso la posmodernidad y la historia cultural abrazada al pensamiento débil, que en palabras de Gianni Vattimo proclama que no existen los hechos, sino las interpretaciones de la historia.

[153]

La pérdida de certezas y la multiplicidad de ópticas despiertan en muchos autores de las generaciones anteriores una auténtica sensación de vértigo. Los nuevos historiadores hablaron primero de cambio de paradigma, en un abuso desconsiderado de la teoría de Thomas Kuhn sobre las revoluciones científicas. Pero lo nuevo se desgastaba tan rápido que hasta la palabra paradigma se nos ha vuelto antigua. Parece ser que también ha cambiado el lugar del historiador. Algo se ha resquebrajado en el oficio que no puede ser ajeno a las herramientas de las que este se sirve, entre ellas, la difusión de resultados. Y esto último es materia preferente de las revistas académicas. Nuestras revistas académicas, ¿en qué medida dan cuenta de esas inquietudes?, ¿por qué siguen editándose y por qué seguimos editándolas? Las respuestas les parecerán ociosas a muchos. Queda un buen número de preguntas al pasado por construir y responder. La conciencia de la complejidad de las sociedades presentes ha conducido a pensar el pasado con una complejidad semejante, en una labor inagotable de redescubrimiento de temas y fuentes para su estudio. Y existe una razón práctica: nunca como en la época presente ha habido tantos

[154]

estudiantes de historia en tantas partes a la vez. Alguien podrá objetar que en su país se advierte la tendencia opuesta y los jóvenes se dirigen a estudios que les ofrezcan mejores oportunidades de empleo, mejor retribución y un estatus más elevado que el de profesor de algo así como humanidades, en sociedades posindustriales eminentemente pragmáticas. El fenómeno tiene otra vertiente: en términos absolutos, el acceso a la enseñanza superior de más población ha llevado también a nuestras aulas a más estudiantes en todos los estudios, también en historia (alguno dirá que como demostración de lo errada de la tesis de la elección racional que guía las conductas), dispuestos a desempeñarse como profesores de secundaria o aspirantes a ocupar puestos de las nuevas universidades y de quienes alcanzan la edad del retiro; otros muchos terminan en los empleos más variados, ajenos al ejercicio de la profesión. Las humanidades cuentan todavía con un público extenso, y en las últimas décadas ha sido realmente numerosa la tasa de graduados y de postgrados en historia.

De forma consecuente con todo lo anterior, nunca antes había tanta gente a la vez realizando investigaciones en archivos, escribiendo sus tesis de maestría y sus tesis de doctorado. Les aguarda un futuro no escrito en el que un momento iniciático corresponde a las primeras publicaciones en revistas académicas, seguidas de algunos libros y cada cierto tiempo de nuevos artículos en revistas cada vez más prestigiadas. El afán por titularse con una investigación novedosa infunde la ambición de conocer nuevas líneas, accesibles muchas veces a través de las revistas, y de destacar, pues de otra forma la competencia oscurecerá el esfuerzo desplegado. Así que no es mal tiempo para la historia, considerada en su extensión. Tampoco lo es para las revistas académicas en particular, cualesquiera que sean las incertidumbres que planean sobre el soporte en que serán editadas en el futuro, su difusión restringida o abierta y los criterios externos llamados a condicionarlas.

Por cambiar, en el último medio siglo ha cambiado el entorno académico en la mayoría de nuestras instituciones, que se han desprovisto del halo elitista antes reservado a pequeñas comunidades que se relacionaban con otras pequeñas comunidades, y en conjunto, como podía advertirse en los congresos internacionales y en la circulación de las revistas académicas, formaban una comunidad no muy extensa en la que era relativamente sencillo crear expectativas en torno a un corto número de publicaciones señeras que marcaban la orientación de los estudios. La comunidad de historiadores ha llegado a ser otra cosa. Los mecanismos de conocimiento se han multiplicado, los centros de referencia también, y la formación se ha hecho mucho más internacional.

Las revistas académicas: un formato del siglo XIX en el siglo XXI

Las revistas académicas de historia responden a un formato de comunicación del siglo XIX que seguimos utilizando en el siglo XXI. Surgieron a finales del ochocientos como una variante de las revistas científicas que habían comenzado a editarse en el último tercio del siglo XVII, junto —y en relación— con la aparición de las academias y de otros foros de saber, principalmente vinculados a las ciencias físicas y matemáticas o a la filosofía. Durante mucho tiempo, las revistas fueron el escenario natural y preferente para exponer las nuevas teorías, los descubrimientos científicos y las nuevas ideas. Se desarrollaron mientras se institucionalizaban las disciplinas académicas, y las revistas de historia no fueron diferentes. En torno a ellas se establecieron las pautas que definían una práctica científica frente a la mera erudición, a la que sin embargo se consagraban (y continúan dedicándose) multitud de boletines y anuarios. En sus páginas se lanzaron los manifiestos que renovarían la disciplina y le otorgarían mayoría de edad en el siglo XX, se difundieron técnicas de análisis y se dieron a conocer artículos que establecían tendencia.

[155]

Para situar el momento actual de las revistas académicas y ganar perspectiva puede ser de interés establecer cuatro grandes etapas.

Primera. En esta época, las revistas aparecen asociadas al proceso de profesionalización de la disciplina histórica y de la actividad del historiador. El precedente más notorio y longevo fue la alemana *Historische Zeitschrift* (1859), que todavía hoy sigue publicándose. La *Revue Historique* (1876) fue promovida por Gabriel Monod y está asociada a lo que más adelante se llamaría la escuela metódica, una formalización de los postulados rankeanos, que en términos corrientes llamamos historia positivista; alcanzó gran influencia internacional, y a través de Rafael Altamira, colaborador en España, influyó en Hispanoamérica, cuando no lo hizo de manera directa. En la misma secuencia encontramos la *Rivista Storica Italiana* (1884), *The English Historical Review*, fundada 1886 por Lord Acton, y en los Estados Unidos, *The William and Mary Quarterly*, publicada en Virginia a partir de 1892 y dedicada a la historia colonial por un instituto de esa misma orientación, y *The American Historical Review*, desde 1895 el órgano de la American Historical Association. En realidad, el modelo establece las líneas a seguir con posterioridad en la mayor parte de los países, sea a comienzos o en la segunda mitad del siglo XX: a medida que se asienta la profesión o se “re-funda” sobre nuevos postulados político-ideológicos, como sucede en 1940

[156]

con dos revistas españolas en la actualidad de las más veteranas, *Hispania* y *Revista de Indias*, que fueron creadas por las autoridades académicas del régimen falangista y nacional-católico vencedor de la Guerra Civil después de depurar las universidades y la Junta de Ampliación de Estudios, ya muy mermadas por el exilio intelectual. Además de encontrar un instrumento para dar a conocer sus propios trabajos, los departamentos universitarios ganaban presencia pública o eran las asociaciones gremiales las que buscaban disponer de una herramienta común y muchas veces hacerse visibles. Algunas seguirán los cambios de perspectivas y bastantes se mantendrán apegadas a la historia-acontecimiento, a la historia política tradicional.

Segunda. Esta etapa comienza cuando una serie de historiadores reaccionaron contra las reglas del método rankeano, favorecieron una aproximación a las ciencias sociales y basaron en ello la exigencia de definición del estatus científico de la historia. La revista que primero señala el giro fue la *Revue de Synthèse*, de Henri Berr (1900). La que mejor simboliza la propuesta renovadora fue *Annales*, fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch. Durante cuatro décadas mostró todo su vigor, y todavía hasta 1988 ofreció reinterpretaciones atractivas del proyecto al que debía su nacimiento.

Tercera. Después de 1945 se produce una consolidación de la historia académica. La actividad del historiador adquiere plenamente rango institucional al lado de otras ciencias sociales y está rodeada de cierto prestigio en el ámbito universitario. Los cambios en la historiografía encuentran reflejo en nuevas revistas que se interesan por establecer un diálogo entre la teoría y la investigación empírica, entre enfoques teóricos y metodológicos. De las nuevas revistas destacan *Past & Present* (1952), que del grupo del PCB pasa a ser editada por la Past and Present Society, y *Studi Storici* (1959), perteneciente al Instituto Gramsci, del PCI. En la misma época, al calor de los congresos internacionales de ciencias históricas, cuya convocatoria se reanudó en 1950, se promueven revistas académicas vinculadas a centros y departamentos universitarios, orientadas a la historia nacional y con declarada pretensión de neutralidad ideológica frente a las que hemos citado, sin su “contaminación” izquierdista. *Quaderni Storici* (1965) es un buen ejemplo de esa tendencia con una calidad reseñable. La mención de otras semejantes sería ociosa porque comprende a muchas de las más conocidas.

Cuarta. En la segunda mitad de los años sesenta y en la década del setenta, la actividad de los historiadores creció en sentido extensivo, con la multiplicación de los motivos de estudio y la aparición de nuevos territorios de indagación; y avanzó en el plano intensivo, con una decidida

especialización. Las nuevas revistas se dedicaron a campos muy específicos: la historia económica, del trabajo, la historia social en sentido amplio, los primeros enfoques sobre género. El fenómeno no era totalmente nuevo: la *International Review of Social History* venía editándose en Ámsterdam desde 1955 dedicada al movimiento obrero, y *Le Mouvement Social* salía en 1960 en París con temática semejante. Ambas se actualizaron en las décadas siguientes. En 1976 aparecen en Gran Bretaña dos publicaciones que reflejan el cambio que se estaba produciendo, de una historia analítica a la identificación emocional del pasado, en palabras de Eric Hobsbawm: *Social History* (1976) y la *History Workshop Journal* (1976), definida esta en un primer momento por una historia socialista y de género. *Passato e presente*, fundada en Florencia en 1983, reclamaba la atención para el postergado siglo xx, indicador de una tendencia general que ganaría después fuerte protagonismo.

[157]

El proyecto original, si puede hablarse de tal en el sentido de revistas dotadas de un programa renovador de la “ciencia histórica”, se desdibujaba. Reflexionando sobre ello, en 1995 Hobsbawm afirmaba:

Hoy día, sucede también con *Annales*, ha perdido un poco su función original. [*Past & Present*] sigue siendo una revista con mucho “estatus” y tal vez cumple una gran función para jóvenes historiadores (...). Ser publicado en *Past & Present* es algo que ayuda.²

Pero era difícil encontrar los valores de la vieja generación, añadía, y eso era una dificultad en la renovación del consejo editorial de la revista que había contribuido a fundar. A menudo las revistas, continuaba, se habían convertido en un medio para el progreso de los autores en el estamento, como si este fuera su fin. Y concluía: “No sé si en este momento hay muchas revistas que representen lo que hemos representado nosotros o *Annales*. No me parece que haya tantas... sin contar *Historia Social*”.³ Estas últimas palabras, tan gratas a nuestros oídos, iban acompañadas de una sonrisa de simpática complicidad hacia los editores que en ese momento lo entrevistábamos en su casa para un número monográfico dedicado... a revisar su obra.

La multiplicación de revistas académicas de historia, que sigue lógicas de la profesión, de las instituciones, de programas de renovación y de

2. Javier Paniagua y José A. Piqueras, “Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm”, *Historia Social* 25 (1996): 3-39.

3. Paniagua y Piqueras 3-39.

[158]

apertura a temas, ha encontrado dos poderosos filtros con un denominador común: la excelencia, versión depurada del criterio de calidad que se traduce en jerarquía científica, y reconocimiento. Esos filtros, que las agencias de calificación y las políticas públicas selectivas establecen, tienen como objetivo ordenar el mapa de las publicaciones, otorgando más valor a unas que a otras en función de su capacidad de editar textos de buena factura e influyentes. Detrás está el reconocimiento de la calidad y el incentivo a la competencia, pero también un principio del que se derivaban prioridades en la asignación de recursos.

El sistema de competencia entre universidades, antes limitado a los Estados Unidos y pocos más, ha terminado por alcanzar a los restantes países. En un sistema competitivo, mientras se discute la seriedad de los *rankings* universitarios las universidades, se han ocupado de conocer la metodología con la que son elaborados y se han lanzado a una carrera por situarse en los primeros puestos. De alguna forma, intuyen que alcanzar un buen puesto puede ser un factor de atracción de futuros estudiantes entre los que seleccionar los mejores, y que la financiación guarde relación con el lugar que se ocupe, sea en forma de subsidios públicos o mediante el precio establecido a los estudios. La producción de conocimientos es uno de los elementos más destacados a tener en cuenta en esta escalada, y las patentes y la difusión escrita permiten medirla. Las universidades buscan visibilidad. Los *rankings* toman en cuenta el número de impactos que genera una marca: las visitas a una página web, la reproducción de la credencial junto al autor en los artículos publicados, los repositorios de publicaciones, las ediciones universitarias mencionadas en otros trabajos, las revistas que realmente son reconocidas y citadas.

La introducción de mecanismos de competencia en el sistema científico y universitario en nuestros países, compensados con estímulos retributivos, promoción de la categoría docente e investigadora y acceso a recursos más importantes para llevar a cabo la investigación, ha despertado la carrera de la evaluación periódica de resultados.⁴ La metodología de evaluación de las revistas ha sido establecida siguiendo los criterios dominantes en las

4. En España, la Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad Investigadora —CNEAI— evalúa la productividad, y la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación —Aneca— se ocupa de evaluar los candidatos a ocupar los puestos universitarios. El CONACYT en México, el Conicet en Argentina, el CONICYT en Chile, Colciencias en Colombia, Capes en Brasil, etc. llevan a cabo esta actividad periódicamente.

ciencias “duras”, que muy rara vez ofrecen el resultado de la investigación en el formato de libros y eligen revistas identificadas y jerarquizadas por el índice de impacto medio de sus artículos, esto es, las veces que los textos publicados son citados por otros artículos en otras revistas, publicaciones de prestigio y en el registro en bases de datos, en particular el ISI de Thomson Reuters o Scopus. La Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología —FECYT—, una entidad pública, dirigida entre otros fines a fomentar la cultura y difusión de la actividad científica y a establecer indicadores bibliométricos, lleva a cabo una evaluación de la calidad editorial y científica de las revistas y concede a las que superan el test el sello de excelencia. La FECYT desarrolla un programa para impulsar la profesionalización e internacionalización de las revistas científicas españolas de calidad contrastada, creando el Repositorio Español de Ciencia y Tecnología y poniendo a disposición de las revistas con evaluación positiva un sistema electrónico de gestión editorial que permite su edición integral y facilita el acceso de los lectores.⁵ De las 110 revistas acreditadas hasta 2012, 16 eran de historia. Su labor es indicativa de una estrategia: posicionar revistas sabiendo que unas pocas en cada país destacan sobre las restantes. A mediano plazo, serán unas pocas en cada lengua.

[159]

Como afirma el director de desarrollo editorial de Thomson Reuters, los análisis de la literatura científica han demostrado “que un número relativamente pequeño de revistas especializadas publican la mayoría de los resultados científicos importantes”. Es lo que se conoce como la “ley de Bradford”, quien encontró que son relativamente pocas las revistas “con una gran importancia para el tema determinado, en tanto que existen muchas no tan importantes”, y pudo establecer que “un núcleo esencial de revistas especializadas forma la base literaria para todas las disciplinas”.⁶

Aunque los historiadores escribimos y publicamos libros, la medición de la productividad validada se hace a través de los artículos aparecidos en revistas. El primer estudio amplio realizado en España sobre revistas de historia fue llevado a cabo por una unidad de documentación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas —CSIC—, más conocida por su antigua denominación, Cindoc. Consistió en la medición del número de artículos citados en unas 200 publicaciones de historia, en relación con el

5. Repositorio Español de Ciencia y Tecnología. En línea.

6. Jim Testa, “Proceso de selección de revistas especializadas de Thomson Reuters” (2009). En línea.

número total de artículos publicados por cada revista entre 1998 y 2003. El resultado dio lugar al Análisis de las Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Humanidades —RESH—. En esa evaluación, la revista *Historia Social* ocupó el primer lugar entre las revistas de historia de cualquier especialidad por número de artículos citados y por índice de impacto medio, que mide:

[160]

[L]a influencia o el peso real de cada revista en su trayectoria a lo largo de cinco años, con mayor garantía de representatividad en relación con el papel que cada revista juega en el entorno de las de su especialidad (...) y refleja el uso que la comunidad científica hace de las revistas y el nivel de prestigio e influencia que las revistas tienen en sus ámbitos respectivos.⁷

En los análisis de RESH, *Historia Social* ocupó el primer lugar por impacto medio de sus artículos en el quinquenio evaluado, y únicamente fue superada por cuatro revistas en el conjunto de las ciencias humanas y sociales, con la peculiaridad de que estas pertenecían a campos con un corto número de publicaciones, derecho internacional y psicología, que concentran las citas externas. Repetido el estudio en los años 2004-2008, *Historia Social* volvió a superar a todas las revistas españolas de historia, con un 25% más de impacto medio que la revista que le seguía.⁸

El sistema de evaluación de la FECYT establece 56 criterios, algunos tan singulares como exigir que al menos el 15% de los autores editados en un año sean extranjeros y que lo sea al menos el 20% de los miembros de su comité asesor o comité externo; que al menos el 80% de los autores publicados sean ajenos a los comités editoriales y a la organización editora o patrocinadora de la revista; al menos entre el 30% y el 40% de los artículos deben ser resultados de proyectos de investigación financiados; la venta directa y la suscripción ha de representar al menos el 40% de la tirada, en detrimento de las revistas-canje. Se considera positivo que la revista publique anualmente los nombres de los revisores, lo que a nuestro juicio pone en riesgo el anonimato, y considera un mérito el registro de las fechas de recepción, revisión aceptación y publicación, lo que a nuestra opinión penaliza los procesos garantistas y disuade a los autores de enviar sus originales cuando

7. Elea Giménez, Adelaida Román y María Dolores Alcain, “De la experimentación a la coordinación en la evaluación de revistas científicas españolas de ciencias sociales y humanidades” 11.

8. Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Humanidades —RESH—.

piensan que los plazos se alargan. En *Historia Social* consideramos que la calidad se mide por los resultados y que el proceso de revisión o revisiones de un texto, prolongado en el tiempo, no debe ser un elemento penalizado sino, al contrario, una buena práctica.

En 2007, la European Science Foundation, dependiente de la Unión Europea, puso en marcha un proceso de evaluación y clasificación de revistas académicas. La asignación de las categorías A, B y C generó un considerable desconcierto y malestar.⁹ En 2009 ha modificado la nomenclatura y distingue dos grandes categorías: INT para publicaciones europeas y no europeas con una importancia internacionalmente reconocida entre los investigadores en los dominios de investigación respectivos y citadas con regularidad en todo el mundo, y NAT para revistas de ámbito y cita básicamente nacionales. En la primera estableció dos subcategorías: la INT1 para publicaciones internacionales con *influencia y visibilidad altas* entre investigadores en varios ámbitos de búsqueda en países diferentes, regularmente citados en todo el mundo, y la INT2 para publicaciones internacionales con “visibilidad significativa e influencia” en varios dominios de investigación en países diferentes. Los criterios utilizados, sin embargo, pueden llevar a la paradoja, por referirnos a nuestro caso en comparación con otras revistas españolas sometidas a procesos de medición del impacto de sus artículos, a lo siguiente: mientras *Historia Social* mereció la denominación INT2 de la European Science Foundation, *Hispania* —una buena revista que edita el CSIC— recibió la INT1; el índice de impacto medio de *Historia Social* para 2004-2008 es de 0,526, mientras el de *Hispania* —que suma la edición electrónica abierta— es de 0,347, un 34% inferior. Cruzando la información con otro criterio destinado a establecer la opinión subjetiva que las revistas merecen a expertos, en realidad profesores universitarios del campo de investigación, *Historia Social* recibía la puntuación de 35,92 e *Hispania* un 27,94, un 23% inferior.¹⁰ Es cierto que la opinión de los expertos puede estar condicionada, además de la regularidad de las contribuciones científicas, por la aparición reciente de algunos números especiales o porque el ámbito de estudio carece de revistas semejantes y la opinión se concentra en pocas. Esto último sucede, por ejemplo, con *Historia. Instituciones. Documentos*, editada por la Universidad de Sevilla, que los profesores nacionales sitúan

[161]

9. Standing Committee for the Humanities. Building a European Reference Index for the Humanities —ERIH—. Initial List: History (2007).

10. Revistas Españolas de Ciencias Sociales y Humanidades —JV—.

por delante de *Historia Social* en la relación de revistas generales o especializadas (excluidas las de épocas), la única que de hecho la antecede en este criterio, con una opinión de 42,43. Sin embargo, el índice de impacto de los artículos es de 0,225, prácticamente la mitad que *Historia Social*, por lo que la European Science Foundation le otorga la calificación NAT, la menor de las tres que concede.

[162]

Desde la posición de editores, importa menos si ha sido calificada con la categoría “A” o “B”, INT1 o INT2, como conseguir que nuestra revista entre en el grupo de cabeza y logre mantenerse durante años. En cuanto historiadores, lo interesante es que las revistas tengan un perfil establecido y se consoliden como referencias respetadas, tanto si aspiramos a publicar en ellas o nos conformamos con aprender siendo sus lectores. Cada cierto tiempo, sabemos, las jerarquías son discutidas. Los historiadores precisamos de publicaciones identificadas por su nivel de exigencia, fiabilidad y confianza.

El modo de hacer las cosas en *Historia Social*

Por medio de las evaluaciones, de sus virtudes y algunas de sus contradicciones más notorias, hemos introducido en nuestra exposición la revista *Historia Social*. En las páginas restantes ofreceremos una aproximación a su trayectoria.

Historia Social responde a un proyecto que podemos calificar de singular: no pertenece a ninguna universidad, institución, asociación gremial o empresa privada. Nació en 1988 en un centro de apoyo de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, sin vinculación con la estructura académica central de esta universidad. A fin de darle cobertura, creamos el Instituto de Historia Social, una dependencia interna, y en 1994 constituimos la Fundación Instituto de Historia Social, entidad privada sin ánimo de lucro que se encuentra, como las restantes fundaciones culturales en España, bajo supervisión ministerial en lo que respecta a sus finanzas y estructura funcional, siendo independiente en todo. La fundación conserva una estrecha colaboración técnica con la institución en la que nació, que proporciona su sede y atiende parte de sus reducidos gastos corrientes. Los directores-editores, Javier Paniagua y José Antonio Piqueras, responsables de la fundación junto con otros tres patronos que no intervienen en la revista, atienden tanto la elaboración de los presupuestos económicos como los aspectos logísticos de la edición: desde la recepción de artículos y el vínculo con los autores, hasta la relación con la imprenta, la corrección de pruebas, distribución comercial y promoción externa. Temporalmente, se ha dispuesto de una Secretaría

Técnica, vacante entre 1999 y 2009. Esa experiencia nos ofrece también una dimensión de la edición algo distinta a la que es habitual, por lo general bastante completa, aunque no fuera nuestra intención y no dudaríamos en cambiar esa suerte por un amplio equipo editorial.

Fue fundada en otoño de 1987 y sacó su primer número en la primavera de 1988. Una de sus características ha sido la continuidad y la estabilidad de su consejo de redacción. Cinco de los ocho investigadores que lo formamos hace veinticinco años permanecemos en él (Javier Paniagua, José Antonio Piqueras, Pere Gabriel, Mary Nash y Ricardo García Cárcel). En ese tiempo se han producido dos incorporaciones (Julián Casanova en 1993 y Xosé M. Núñez Xejias en 2010). Ha habido tres salidas (Santos Juliá poco después de comenzar la andadura, en 1990, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma en 2006). Los directores son los únicos que pertenecen a la fundación editora y a su patronato de gobierno. La importancia concedida a un consejo de redacción efectivo, que se reúne dos veces al año en Valencia, donde tiene su sede la revista, y una fluida relación con los miembros del consejo asesor, periódicamente renovado, han sido parte sustantiva del resultado.

[163]

Historia Social publica tres números al año, y nunca nos hemos visto obligados a sacar un número doble. Su tiraje actual es de 1500 ejemplares, el mismo que de 1988 a 1999. Entre el año 2000 y 2012 el tiraje ascendió a 2000 ejemplares. La revista se edita únicamente en papel. La plataforma de distribución de publicaciones académicas JSTOR ofrece desde 2009 los contenidos digitalizados a sus suscriptores, siendo la primera revista española de historia en acceder a este medio.

Historia Social introdujo desde su aparición la evaluación por pares mediante el sistema de doble ciego, y fue la segunda revista española en hacerlo. Todavía nos resuena la reacción de algunos autores airados ante esa novedad y las protestas ante las recomendaciones recibidas para mejorar su artículo. Eso ha cambiado, y hoy se acepta con naturalidad que los textos solicitados sean también sometidos a evaluación. Para preservar la independencia de los dictaminadores su relación se hace pública reuniendo varios años. El consejo de redacción evalúa la oportunidad y adecuación de los artículos recibidos a la línea de la revista. La selección de expertos para los dictámenes es una regla de oro: supone seleccionar conocedores del tema, que posean voluntad de colaboración y disposición a argumentar sus juicios, que en caso de ser negativos podrán ser trasladados al autor. La tasa de aceptación se sitúa entre el 35% y el 40% de los artículos recibidos. Aproximadamente, tres de cada cuatro textos aceptados reciben

observaciones y entran en un proceso que conduce a nuevas evaluaciones externas o internas.

[164] ¿Qué contenidos publica *Historia Social*? La fórmula seguida es sencilla y se reduce a combinar tres elementos: el primero lo proporciona la tendencia dominante en un momento dado, los temas en boga, el método más frecuentado; el segundo consiste en prestar atención a temas que incorporan tratamientos innovadores, temas que están fuera de los circuitos habituales y que por su originalidad, a veces transcurrido un tiempo, llegan a tener repercusión; el tercero responde a la capacidad de los editores de introducir cuestiones y perspectivas diferentes, bien porque pertenecen a ámbitos historiográficos en otras lenguas o porque no han tenido todavía su espacio. La proporción en que se combinan los ingredientes varían de una coyuntura a otra, casi tanto como la proporción en que se mezcla un buen *dry martini*: las partes y el golpeo no dejan de tener su efecto en el resultado final; una mala combinación echa a perder el fin buscado y en el caso editorial tiene riesgos que conviene no pasar por alto. En el pasado teníamos revistas fuertemente intervencionistas, de tradición intelectual o ideológica, de escuela metodológica e interpretativa, o lo uno y lo otro, convencidas además de su papel rector. Eran revistas dispuestas a marcar una determinada línea, a anunciar “giros” en su propia línea, como hizo *Annales* de manera más o menos sutil después de 1968, cuando retiró a Braudel y con él la historia socioestructural, y volvería a repetir la operación dos décadas después con un manifiesto editorial en el que declaraba caducas las alianzas de la historia con la economía y la sociología, y sugería de modo casi imperativo nuevas alianzas con disciplinas hasta entonces consideradas de forma auxiliar, como la lingüística, la literatura y la antropología. ¿Quién desea hoy revistas editorializantes?

Un exceso de apego a lo que podríamos llamar *così fan tutto* conduce de manera inexorable a una publicación indiferenciada, incapaz de suscitar un interés particular, por su línea y a tenor de las estrategias que siguen muchos autores jóvenes, en pleno proceso creativo y al comienzo de sus carreras académicas, o los de medio recorrido que aspiran a una inmediata promoción, y que consiste en someter a los consejos de redacción a un planificado bombardeo de artículos, parecidos entre sí, tan consecutivos a veces como los capítulos de un serial, modificados a medida que descubren la siguiente evidencia documental, leen el último libro o encuentran una deducción todavía más brillante que la expuesta en la versión anterior. Las estrategias de los autores —y es conveniente reconocer que los autores despliegan algún

tipo de estrategia legítima para difundir su trabajo de la forma más eficaz posible— inciden en la configuración de la línea de una revista aunque no siempre estemos dispuestos a reconocerlo. También nos obliga a los editores de algún modo a reaccionar. Hablamos de escribir historia en una época de producción masiva, extremadamente competitiva y en la que se están modificando los canales de difusión del conocimiento. Preferimos editar revistas en una era global y en un marco internacional en el que las ciencias históricas se encuentran en pleno proceso de reubicación.

[165]

En *Historia Social* establecimos como uno de sus sellos de identidad su internacionalización, en un doble sentido: en el más común de invitar a autores de otros países a confiarnos sus trabajos y en el menos frecuente, cuando comenzamos, de incluir traducciones de textos que nos parecían significativos y habían sido publicados en otros países. Estábamos convencidos de que no todos los investigadores conocen las principales lenguas extranjeras y, sobre todo, que la inmensa mayoría no sigue las controversias o artículos especialmente novedosos porque con frecuencia consultan las revistas en otros idiomas en función de sus temas de estudio específicos. Gracias a esa decisión heterodoxa, formas de entender los problemas y de acercarse a su análisis lograron una rápida difusión en nuestra historiografía y en la de varios países latinoamericanos —Argentina, Chile, Colombia, México—, donde no solo han sido leídos sino que en algunos casos han sido reproducidos, con autorización y sin licencia. Una de las mayores satisfacciones que nos ha dado la labor de editor ha sido comprobar que los materiales eran ampliamente utilizados en el medio universitario español e iberoamericano. Sin presunción de nuestra parte, algún papel puede atribuirse a *Historia Social* en la renovación la disciplina histórica en lengua española: estuvimos entre los primeros en publicar en español artículos significativos de Joan Scott, Gisela Bock o Arlette Farge, cuando los estudios desde la perspectiva de género estaban en sus albores en nuestra historiografía; a Keith Thomas cuando otros no habían descubierto la utilidad de asociar historia social y antropología histórica; a Ernesto Screpanti y a sus teorías de base empírica sobre los ciclos de las actividades huelguísticas; a una pléyade de clásicos contemporáneos, como Natalie Zemon Davis, cuando su obra en español había sido asimilada a una pseudonovela; a Carlo Ginzburg y Carlo Poni en uno de los textos fundacionales de la microhistoria; artículos que se tenían por olvidados de Hobsbawm y de Thompson; publicamos a Maurice Agulhom, Jürgen Kocka, William Sewell, Dipesh Chakrabarty, a John French con su evaluación de las nuevas tendencias de estudio del movimiento obrero en

Latinoamérica, y otros tantos que sería prolijo citar. Representan el 11,3% del total de artículos publicados en 77 números. También hemos acogido análisis originales sobre la obra de Hobsbawm, Tilly, Eugen Weber, Zemon Davis y James Scott, aparte de monográficos dedicados a autores españoles del estilo de Antonio Domínguez Ortiz y Julio Caro Baroja.

[166]

En diferentes momentos hemos promovido reflexiones sobre la orientación de la historiografía, con números dedicados a la historia socio-cultural o al posmodernismo. Con más persistencia hemos incidido en acoger exposiciones y discusiones acerca de “lo social”. El número 1 incluía un texto de Eugene Genovese y Elizabeth Fox-Genovese sobre “La crisis política de la historia social” (la historia en general y la social en particular parecen haber vivido bien en un cultivo de crisis). En el número 10 (1991), recurríamos de nuevo a las traducciones para acercar a los lectores textos clásicos de las dos décadas anteriores que mostraban los cambios y las tendencias dominantes en la historia social. En el número 60 (2008), con motivo cumplir dos décadas, organizamos un número con cuatro artículos —solo uno traducido— y solicitamos a 16 autores una colaboración sobre lo que en su opinión debía entenderse entonces por historia social. Junto a siete autores españoles, participaron entre otros Peter Burke, Patrick Joyce, Bryan Palmer, Jürgen Kocka, Marcel van der Linden y Bernard Vincent.

La revista sigue prestando atención a la historia del trabajo, que hasta el año 2000 ocupaba un 37% de los artículos publicados, proporción que ha descendido desde entonces. Incluye a menudo artículos sobre hechos y acciones colectivas, condiciones y vida social, en general artículos que contemplan la articulación social de los hechos históricos y perspectivas sociales de la política. La línea roja se sitúa en la historia política y de las ideas que logran prescindir de la sociedad.

De los artículos publicados que pueden ser identificados con una época histórica, el 77% corresponden a la Edad Contemporánea (siglos XIX y XX) y el 23% a la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII). Los artículos relativos a épocas anteriores no son significativos en términos estadísticos.

Historia Social ha publicado 620 artículos en 77 números. El 88,7% de los textos eran originales. En cifras redondas, cuatro de cada cinco eran de autores españoles y uno de un historiador extranjero (publicaron autores europeos, latinoamericanos, de Estados Unidos o Canadá). Sumando los textos que habían sido editados con anterioridad y hemos traducido, los autores no españoles representan en 29% de los publicados. La presencia de

autores latinoamericanos ha sido ocasional y creciente. Se han publicado los trabajos de historiadores mexicanos, argentinos y cubanos, y solo una vez el de un chileno y el de un puertorriqueño. No ha habido participación de otras procedencias nacionales.

Las revistas nos posibilitan el reencuentro con autores que conocemos por sólidas aportaciones y reclaman la atención para el resultado de jóvenes investigadores. Esa ha sido posiblemente una de las claves más destacadas de la consolidación de *Historia Social*: guiarse por criterios de interés y de calidad, cualquiera que sea el estatus del autor del texto que se nos presenta para su publicación. Así lo señalaba hace un tiempo uno de los asesores, el canadiense Adrian Shubert, al destacar el sentido “democrático” de la revista frente a otros modelos en los que la jerarquía de las publicaciones corresponde con una determinada jerarquía académica de los autores.

[167]

En 2010 fui invitado por los organizadores del Coloquio de Editores de Revistas Académicas, organizado en El Colegio de México, para que hablara de la autoridad en las citadas publicaciones. Las palabras con las que cerraba mi intervención sigo considerándolas pertinentes para concluir esta reflexión: la autoridad en las revistas académicas de historia, como en la vida civil, es un atributo que te conceden los otros, un reconocimiento externo sometido a determinadas condiciones. No ha de confundirse con el prestigio, que quizás venga después, resultado de una trayectoria, de la consideración que una publicación merece a los autores, que ven su trabajo reconocido, y a los lectores, que encuentran sus páginas útiles, esto es, otros historiadores y aprendices del oficio, los estudiantes universitarios, también graduados que se dedican a diversas actividades y conservan un nexo con la historia a través de las sucesivas entregas de la publicación. En un medio como el académico, al que no son ajenas la emulación y la competencia, la autoridad es un rango que para ser identificado ha de ser sometido a consideración cualitativa —decimos que tal o cual revista goza de influencia, que es una referencia en su especialidad— y de un tiempo a esta parte, también es sometido a medición. Discutamos y precisemos estos últimos instrumentos, porque lo precisamos. Pero sepamos también que la apreciación cualitativa se construye número a número con rigor, criterio y una “forma de hacer” que podemos aprender los unos de los otros, sin perder de vista que estamos inmersos en una amplia renovación del lugar de las universidades, de la actividad del historiador y de los medios que contribuyen a la difusión del conocimiento.

OBRAS CITADAS

I. Fuentes primarias

Revistas

[168] Revistas Españolas de Ciencias Humanas y Sociales —RESH—. Consultado en:
<http://epuc.cchs.csic.es/resh/>

II. Fuentes secundarias

Barracough, Geoffrey. “Historia”. *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales 2. Antropología. Arqueología. Historia*. Maurice Freedman, Siegfried J. De Laet y Geoffrey Barracough. Madrid: Tecnos / Unesco, 1981. 293-567.

Giménez, Elea; Román, Adelaida y Alcaín, María Dolores. “De la experimentación a la coordinación en la evaluación de revistas científicas españolas de ciencias sociales y humanidades”. Consultado en: http://eprints.rclis.org/10946/1/De_la_experimentaci%C3%B3n_a_la_coordinaci%C3%B3n_en_la_evaluaci%C3%B3n_de_revistas_cient%C3%ADficas_espa%C3%BIolas.pdf

Paniagua, Javier y Piqueras, José A. “Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm”. *Historia Social* 25 (1996): 3-39.

Repositorio Español de Ciencia y Tecnología. Página web. [http://recyt.fecyt.es/](http://recyt.fecyt.es/Standing%20Committee%20for%20the%20Humanities.%20Building%20a%20European%20Reference%20Index%20for%20the%20Humanities%20%E2%80%94%20ERIH%E2%80%94.%20Initial%20List%20:%20History%20(2007).)
Standing Committee for the Humanities. Building a European Reference Index for the Humanities —ERIH—. Initial List: History (2007). Consultado en: http://www.cityu.edu.hk/scm/PBPR_ROA/History.pdf

Testa, Jim. “Proceso de selección de revistas especializadas de Thomson Reuters” (2009). Consultado en: http://wokinfo.com/media/essay/journal_selection_essay-es.pdf